

super heroínas

¿Conciliar es posible sin una nómina que te permita contratar a una cuidadora, sin la colaboración del padre de tus hijos, sin suficientes ayudas empresariales y estatales? La respuesta es no, y toda una generación de mujeres se siente engañada. Foto: Steven Meisel

Corría el año 1988 y Mike Nichols se ponía tras la cámara para dirigir a Melanie Griffith y a Sigouney Weaver en *Armas de mujer*. La incorporación de la mujer al trabajo era tal novedad que hasta Hollywood rodaba películas sobre tan magna hazaña. Veinte años después, el hecho está más que superado. La conquista femenina de los puestos directivos es una realidad, algo a la orden del día, un tema que no daría ni para un cortometraje de bajo presupuesto. Ahora bien, en pleno siglo XXI, el problema que se plantea es otro bien distinto: ¿Cómo se las apaña una mujer de hoy para ser madre y trabajadora a un tiempo? ¿Cómo ha evolucionado la sociedad para dar soluciones a toda esa población femenina que no quiere, ni puede quedarse en casa y pretende compatibilizar, sin morir en el intento, una exitosa carrera profesional con su faceta maternal? ¿Cómo ha encajado el hombre este cambio? ¿Cómo asume que su rol en la actualidad ha de duplicarse, al igual que el de su compañera? La respuesta es una:

mal. La mujer se las ve y se las desea para llegar a todo, sigue siendo ama de casa, esposa, madre y encima jefa (o empleada, que tanto da); los gobiernos (como casi siempre) van por detrás de una sociedad que demanda medidas urgentes; y los hombres (en su gran mayoría) se han quedado con cara de póker. Y aquí entra en juego la conciliación, ese término tan rimbombante que promete mucho y cumple aún demasiado poco.

Pero empecemos por el principio. La Real Academia Española define el vocablo conciliar de la siguiente manera: «Componer y ajustar los ánimos de quienes estaban opuestos entre sí»; y también como: «Conformar dos o más proposiciones o doctrinas

al parecer contrarias». La cosa está clara: ser madre y trabajar se concibe ya desde su denominación puramente semántica como algo poco menos que imposible. En las dos últimas décadas, y con el feminismo como bandera, el porcentaje de mujeres que ha irrumpido en el mercado laboral prácticamente se ha duplicado, y esto ha provocado un grave desajuste social: el papel tradicionalmente desempeñado por las mujeres se ha quedado desierto y nadie parece dispuesto a asumir el rol. En *El corsé invisible* (Urano), Eliette Abécassis –dos hijos– y Caroline Bongrand –uno– exponen una teoría políticamente muy incorrecta, que no errada: la mujer de hoy es más infeliz que la de hace décadas. El feminismo, construido tomando como modelo al hombre, ha acabado yendo «en contra de la identidad profunda de la mujer». Nos hemos cargado de responsabilidades: ser esposa perfecta, trabajadora eficaz, madre dedicada y lucir siempre espectacular (y, por supuesto, delgada). En eso consiste ese «corsé invisible» que da título a su libro; en todas esas reglas, esas esclavitudes que nos oprimen, nos atenazan, no nos dejan respirar y que... nos hemos autoimpuesto. ¿Nos han engañado? ¿Hemos caído en una trampa que nosotras mismas hemos diseñado? La modelo Nieves Álvarez, madre de tres niños, dice tener amigas «que se sienten muy infelices al no saber ejercer >

VIDA LABORAL
La mujer del siglo XXI
ha visto cómo sus
obligaciones se
multiplicaban y su rol
se desdoblaba.



de madre, esposa, mujer trabajadora y ama de casa... Pero yo opino que somos mujeres y podemos con todo». ¡Cuidado! De esta autoexigencia permanente de jugar a ser superheroinas puede derivarse, ante la imposibilidad de conseguirlo, un inevitable sentimiento de culpa. Ana Mato, eurodiputada del PP y madre de tres hijos, apunta: «El trabajo da muchas satisfacciones. Pero también pienso: ‘Mi niña me ha llamado siete veces esta tarde y no he podido hablar con ella’. Esto provoca mucha tristeza». En este sentido, Mariví Monteserín –portavoz socialista de la Comisión de la Mujer

en la última legislatura– aconseja: «Basta con asumir la responsabilidad sin angustia. No es una competición, es la vida. A veces no todo sale bien todos los días y por eso no se hunde el mundo». Patricia Abril, Presidenta y Directora General de McDonald’s España y madre de dos hijos (el tercero llegará en primavera), coincide en que lo importante es no frustrarse, pero reconoce hacer extravagancias como «ir a la peluquería con el ordenador para redactar mis mails o trabajar mientras espero que mis hijos salgan de alguna actividad extraescolar».

E

l hombre se ha visto descolocado y hasta intimidado por tan brutal cambio. Según Eliette, «la mujer se ha liberado, pero el hombre sigue preso de los prejuicios. Hay que intentar que el hombre no se sienta amenazado por la mujer de hoy, así, no sienta la necesidad de dominarla». La

solución pasa por esa cosa tan etérea que es ‘corresponsabilizarse’; término en el cual incide una y otra vez Ana: «La madre y el padre han de trabajar conjuntamente. La situación es igual para hombres y mujeres, las medidas han de ir orientadas por igual a ambos. Tenemos que corresponsabilizarnos todos y ser conscientes de que compartimos una responsabilidad». La actitud del hombre ha de ser distinta a la que es en la mayoría de los casos. «Tengo la gran suerte –nos cuenta Nieves– de tener un marido que entiende que el cuidado de los niños es cosa de dos. Pero la mayoría de los hombres, cada vez menos, no son conscientes del gran trabajo que supone llevar una casa». Rosa-



«Me planteo cómo lo hacen las familias que no cuentan con ayuda», dice N. Álvarez

rio Nadal, prestigiosa consultora de arte y madre de tres niños, advierte sobre el peligro de generalizar: «No creo que haya reglas, hay casos en los que el hombre ayuda muchísimo, y otros en los que menos. Hasta hace poco, en España la división de roles estaba muy marcada, pero las cosas están cambiando y la generación que llega es muy diferente». En opinión de Mariví, «conciliar es cosa de tres: pareja, empresa y sociedad. Si todos asumimos la maternidad como un bien social imprescindible, entonces empresa, familia y sociedad crearemos

condiciones afectivas y educativas óptimas».

Pero, claro, no todo es responsabilidad del varón, las instituciones deberían hacer más de lo que hacen. Las medidas propuestas por los partidos políticos no difieren demasiado unas de otras: más plazas de guardería, adecuación de horarios comerciales y escolares, flexibilización de la jornada laboral... Eliette va más allá: «Parece que el trabajo es lo más importante, por encima de familia y pareja. Si la profesión encabeza nuestro orden de prioridades, las cosas no pueden ir bien».

En España, el problema se agudiza: somos el país de Europa que más horas pasa en el lugar de trabajo y que, sin embargo, menos produce. El resultado son jornadas laborales interminables que, invariablemente, repercuten en el número de horas dedicadas a la familia. Pero no sólo madres o padres deben conciliar. En opinión de Patricia, «para unos conciliar es dedicar más tiempo a su familia, para otros a sus hobbies o a su vida social. Hay que crear una sociedad donde todo el mundo pueda tener su vida profesional y su vida privada, donde una buena carrera laboral no demande el 100% del tiempo. Todos somos más productivos cuando tenemos una vida equilibrada». La eurodiputada del PP insiste en la necesidad de organizar bien el trabajo, pero admite que «conseguir un horario europeo es un camino muy largo: nuestro estilo de vida es diferente». En este sentido, Rosario Nadal puntualiza algo que suele pasar desapercibido: «Para ser buena madre, lo fundamental es sentirse realizada. Hay quien lo consigue ejerciendo sólo de madre, pero otras muchas no lo logran dedicándose sólo a sus hijos. Una mujer completa aporta muchísimo más a sus hijos que aquella que siente que le falta algo. Lo importante es la calidad del tiempo que pasas con tus hijos, no la cantidad». Patricia comparte esta visión: «Me encanta mi trabajo, me aporta

una energía positiva que luego llevo a casa y comparto con los míos. No creo que concentrar todo mi tiempo en mi familia me hiciera mejor madre». También María José Aguilar, Directora General de Air Europa y madre de dos niñas, coincide: «Trabajo muchas horas al día, pero casi siempre coinciden con el tiempo que mis hijas están en el colegio. Creo que ellas valoran que haga virguerías para que estemos juntas. Aprovechamos y disfrutamos cada minuto que compartimos».

U

n desarrollo de las tecnologías y del teletrabajo debería ayudar. Falso. Lo único que se consigue es hacer horas extras, ¡también en casa! Así que parece que la única solución real pasa por tirar de ayudas externas,

llámense abuelas o cuidadoras. Esto significa, en última instancia, que aquí sólo se salvan las mujeres con un elevado status económico que pueden permitirse pagar a una persona que llegue donde ellas no pueden. Nieves admite que ahora elige con lupa sus trabajos y que, aún así, se plantea continuamente «cómo harán las familias con tres hijos que no tienen la suerte de contar con ayuda. A mí me parece imposible compaginarlo todo sin tener el apoyo de una persona de confianza». Caroline es rotunda: «La conciliación sólo funciona en un caso: cuando tienes un supertrabajo que te permite tener ayudas en casa; el problema es que esa población es una minoría». Marieta del Rivero, Consejera Delegada de Nokia España y madre de dos hijos, discrepa: «Conciliar depende más del tipo de trabajo de la pareja y de la flexibilidad horaria que del status económico. En Nokia, el teletrabajo facilita mucho las cosas».

Los niños, involuntarios espectadores de este tira y afloja, corren el riesgo de ser los grandes perdedores de esta contrarreloj. «Cuando tienes hijos –dice Eliette–, rápidamente los mandas a una guardería. Cuando crecen, los apuntas a actividades extraescolares... Da la sensación de que no sabe una cómo deshacerse

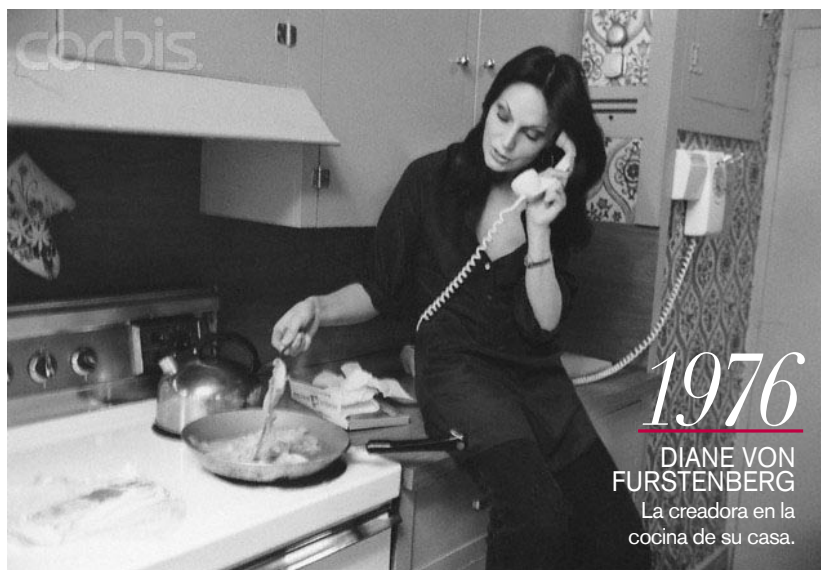
de los críos. Y, claro, ante esta ausencia de padres, acaban convirtiéndose en pequeños tiranos». Caroline, que desde septiembre ha visto cómo su horario laboral se intensificaba (se ha convertido en directora de una revista), confiesa lo complicado de la situación: «Hace seis meses que tengo que llevar a mi hijo para el seguimiento de sus vacunas, y no encuentro el momento, no tengo tiempo. Y eso no es normal. Antes, cuando trabajaba en casa, íbamos a museos, hacíamos cosas juntos...».

Pero tampoco parece cabal, ni justo, que a estas alturas de siglo nos veamos obligadas a decidir entre carrera y familia. Ana Mato remarca: «Las mujeres tienen derecho a trabajar y no podemos permitirnos el lujo de desaprovechar su potencial laboral. La sociedad también tiene derecho a que las mujeres trabajen. Nuestras abuelas y nuestras madres renunciaron a mucho, y lo que no puede ser es que en 2008, y con la situación que tenemos en España, una mujer se vea forzada a elegir. Y esto todavía sigue ocurriendo. Hay que intentar conseguir un punto de equilibrio para que las mujeres puedan disfrutar de sus hijos y ser magníficas profesionales en el campo que hayan elegido». De momento, el panorama es el que es, tanto, que Mariví señala: «Muchas mujeres, viendo lo que ocurre, han decidido o hemos decidido no ser madres. La huelga soterrada de maternidad es un síntoma del cansancio que percibimos en muchas mujeres».

Lo que queda claro es que, como dice Rosario Nadal, «somos una nueva generación de mujeres que trabajan. Aún no hemos visto los resultados, estamos en ello. No tenemos ninguna prueba de lo que va a pasar». Somos pues la generación puente, o para decirlo sin bonitos eufemismos: la que está pagando el pato. Eliette sentencia: «Estamos en un mundo de mujeres agotadas».

La desigualdad sigue siendo una realidad. La discriminación, un hecho. La prueba misma está en este reportaje. «Las cosas van mejorando y habremos conseguido el objetivo –afirma Marieta– cuando este tema ya no sea algo ‘noticiable’». ¿Por qué siempre se habla de conciliación en términos femeninos? ¿Por qué la mayor parte de las propuestas van dirigidas sólo a la mujer? ¿Acaso el hombre que trabaja no está, o debería estar, exactamente en la misma situación que la mujer que desempeña una labor profesional? La pregunta está en el aire. ■ Blanca Lacasa

«La huelga de maternidad es síntoma del cansancio de la mujer», alerta M. Monteserín



1976
DIANE VON FURSTENBERG
La creadora en la cocina de su casa.